

de sí mismo le hace capaz de llenar todo el sitio que le pertenece en el conjunto. Podemos tomar nuevamente la noción platónica de la *justicia*, en cuanto armonía personal, para expresar la unión íntima, la unidad superior de la afirmación de sí mismo y de la abnegación. La antigua noción de armonía debe amplificarse y profundizarse por medio de las experiencias morales que se hallan condensadas en las apreciaciones formuladas sobre el carácter por el estoicismo, el cristianismo, el Renacimiento y la humanidad moderna. Pero este cambio con el contenido de la noción es muy posible sin que para ello haya necesidad de que el marco estalle. Nuestra moral es la moral griega, que pudo muy bien rectificar y modificar la evolución moral ulterior, con sus múltiples oscilaciones, pero que jamás quedará suplantada mientras subsista una moral humana verdaderamente digna de este nombre.

Sometiendo á estudio aparte, por un lado la afirmación de sí mismo y por otro la abnegación, demostraremos la posibilidad y la necesidad de asociarlas en un concurso armonioso para llegar por medio de este trabajo á la realización de las más elevadas virtudes humanas.

## XI

## La afirmación de sí mismo

1. Sus tres grandes formas:

- A. *La conservación personal.* — 2. La conservación personal como instinto y como deber. — 3. Salud y vigor corporales. — 4. El suicidio como efecto de una enfermedad del espíritu y como medio de sustraerse á sus obligaciones. — 5. El suicidio como manifestación de un debilitamiento de la voluntad. — 6. ¿El suicidio puede ser un derecho y hasta un deber? — 7. El Estado y los suicidas.
- B. *El imperio sobre sí mismo.* — 8. Su psicología. — 9. El imperio sobre sí mismo desde el punto de vista individualista y humano-social. — 10. Diversas especies de imperio sobre sí mismo y en particular de su relación con el instinto sexual. — 11. Extravío y estancación.
- C. *La independencia.* — 12. El verdadero sentimiento del yo (megalopsiquia). — 13. Nada de aislamiento. — 14. Libertad personal exterior. Honor y propiedad. Derechos cívicos.

1. Las virtudes y los deberes que se relacionan con la afirmación de sí mismo se condensan en tres grandes formas: la conservación personal, el imperio sobre sí mismo y la independencia. En todas tres se verá que el esfuerzo del individuo para afirmarse á sí mismo encuentra, desde el punto de vista moral, sus condiciones y sus límites en la consideración de la existencia y del desarrollo de la especie entera. Como hemos observado ya, parece que



en los tiempos modernos, debido á los trascendentes y ardientes esfuerzos que se realizan hacia la emancipación, se olvida algo aquel hecho, mientras que es más fácil discernirlo en las primitivas etapas de la evolución. Pero si nos remontamos á las postreras razones morales de estos esfuerzos, no será difícil advertir la veracidad de nuestro aserto.

#### A. LA CONSERVACIÓN PERSONAL

2. Si la vida no fuese por sí misma un bien, toda moral carecería de sentido, pues directa ó indirectamente tiende siempre á conservar, proteger y desarrollar la vida. Prosigue lo que la misma naturaleza ha comenzado. Aun allí donde ninguna conciencia clara ha despertado, se manifiesta en todo ser viviente un instinto que le lleva á buscar lo que es útil á su vida, y apartarse de lo que podría acarrearle perjuicio. Así, Kant juzgaba que el instinto ó el apetito natural es tan grande en este caso, que no cabe considerarlo como ningún deber de conservación personal, ya que es imposible imponer á nadie una obligación de lo que inevitablemente quiere de sí mismo (1). Esta concepción tiene por una parte cierta analogía con la inexacta opinión de Kant, según la cual no se nos podría obligar sino á lo que voluntariamente no quisiésemos. Pero semejante opinión descansa también sobre la no menos inexacta por la cual se supone que buscaríamos siempre é inevitablemente todo lo que pudiese ser útil á nuestra conservación. No ocurre así en el reino animal, donde los instintos adquieren, sin embargo, extensión y vigor mucho más

(1) *Metaphysische Anfangsgründe der Tugendlehre*. Introducción, § 4.

considerables que entre los hombres. Pero en el animal, el instinto puede engañarse, debilitarse ó modificarse: por otra parte, no opone en ningún modo una oposición tan viva con la inteligencia y el esfuerzo consciente como se ha creído, especialmente en otro tiempo. Para el hombre, en todo caso, la conservación de sí mismo no es solamente cuestión del instinto, sino también de la voluntad propiamente dicha.

3. La salud y el vigor corporales forman la base de toda evolución ulterior y superior de la vida. No disponemos en cada instante más que de una suma limitada de energía, y, por consiguiente, es de gran importancia para nosotros conservar, aumentar esta suma, é impedir que se pierda. No está en nuestra mano producir, sacar algo de la nada; el mismo héroe, sin beber ni comer, queda reducido á la impotencia. El ascetismo, con sus dolores y sus privaciones voluntarias, sus tormentos de toda especie y su melancolía irrazonable, la frivolidad y la sensualidad desordenada pueden, cada cual á su manera, disipar el capital susceptible de emplearlo en la obtención de preciosos fines. La sujeción á los prejuicios, la cortedad de vista y la terquedad conducen ya á desdeñar los medios necesarios, ya á darles mal empleo. Cuando el individuo comprende que las consecuencias de su conducta alcanzan, bajo este respecto, no solamente á él, sino también á los demás, ya sea á aquellos á quienes ha dado la existencia y que podrán heredar su débil naturaleza, ó bien á cuantos privará de su socorro y de su actividad, la idea de su conservación física se le aparecerá como un deber imperioso.

Pero estas mismas razones indican sus límites. Carecería de sentido común quien se pasase la vida acumulando un capital para no darle nunca empleo, ó hiciese de su vida únicamente un gran medio sin



fin alguno. El asceta sería entonces más razonable, ya que, cuando menos, se somete á la prueba para alcanzar un fin lejano. Vivir es usar de las fuerzas, y usar de las fuerzas implica también gastarlas. Un gran fisiólogo, ha dado asimismo de la vida esta definición paradójica: «La vida es la muerte» porque toda manifestación vital acarrea la disgregación del tejido orgánico. Un concepto limitado de la conservación sería equivalente á una acumulación de materia, y olvidaría que el consumo es una función tanto ó más esencial de la vida que la adquisición, aunque el consumo acabe por acarrear la abolición de la vida. Por lo demás, no nos es posible mantener siempre armoniosa proporción entre la adquisición y el gasto: una necesidad moral puede exigir un desacuerdo entre ambos. Quizá sea obligatorio descuidar en un momento dado lo que el deber de la conservación exigiría en circunstancias ordinarias. Es preciso llegar hasta el completo sacrificio de la vida, si para conservarla fuese preciso perder todo lo que constituye su valor.

Vivir para la salud es un contrasentido. Puede ocurrir que atendiendo al debilitamiento de las fuerzas, nos limitemos á una tarea más restringida; pero restringir los fines no es transformar en fin lo que debía ser solamente un medio. Platón burlase de la conducta del médico Herodicus, atacado de una enfermedad incurable. «Desde entonces y durante el resto de su vida, su única ocupación estribó en cuidarse, asustándose y entrando en hondas cavilaciones así que se apartaba algo de su régimen ordinario; y disputándose de este modo á la muerte, logró, gracias á su ciencia, llegar hasta la vejez.» Platón observa que en lo que concierne á los pobres, es natural que no tienen tiempo de pasarse la vida entre remedios; esto sólo es dable á los ricos. Y añade que «no conviene prestar cuida-

dos á quien no puede vivir en el término ordinario establecido por la naturaleza, porque esto no es ventajoso ni para él mismo ni para el Estado (1).» No queremos ser tan rigurosos. Hemos observado que en el sufrimiento y por el sufrimiento pueden desarrollarse cualidades que quizá estaban arrinconadas, y que pueden prestar nuevo valor á la vida, lo mismo á los ojos de aquel que sufre, que á los de quienes experimentan la influencia de su ejemplo. Quizá su carácter alcance sólo por ahí su terminación. Atribuimos á la vida del pensamiento y del sentimiento un valor independiente de los efectos exteriores. Consideramos á la persona particular no sólo como miembro del Estado, sino también como miembro de la familia, del círculo de sus amigos, y acaso lleguemos á verla, aun en un estado exteriormente inactivo, esparcir en torno de ella y sobre los demás la alegría y la confortación (2).

4. Llegamos ahora á una pregunta que ha sido objeto de constantes estudios: ¿el suicidio es legítimo? Claro que la pregunta implica establecer con toda evidencia si el suicidio es realmente un acto, es decir, el resultado de una deliberación y de una resolución. Si el suicidio proviene siempre de una enfermedad declarada del espíritu, la moral no

(1) *República*, Libro III, cap. 14 y 15.

(2) No puedo menos de mencionar aquí los últimos días de sufrimiento del célebre librepensador Strauss, que tan edificantes fueron para sus amigos. Ed. Zeller (*D. F. Strauss in seinem Leben und seinen Schriften geschildert*, p. 122) dice de él: «Strauss no reclamaba á la naturaleza que le ahorrara nada de lo que consigo traen su curso y sus leyes; pero reclamaba tanto ó más de sí mismo saber someterse á aquellas leyes, hacer servir aun el sufrimiento á su actividad moral y espiritual, y descubrir en el dolor el elemento bienhechor. Y aseveraba con reconocimiento, en cartas y poesías, no haber fracasado en su intento.»



tiene que ver nada en ello. El suicidio ocasionado por una situación desesperada en la cual el individuo cae por su propia conducta, puede también dejar de ser un acto reflexivo, ó más bien efecto de una disposición de espíritu más fuerte que toda reflexión. En este caso, no obstante, la apreciación moral no cae para nada, pero (como en los actos ejecutados durante la embriaguez) se aplica á la conducta por la cual el individuo se colocó en aquel estado de desesperación. Así pues, para aquel que se precipitó en la desgracia por medio de engañosas é interesadas especulaciones, ó cuando menos injustificables, el suicidio es la consecuencia de una falta personal. Otro tanto sucede en la «Rolla», de Alfredo de Musset, que se mata después de haber arruinado por los excesos su salud física y moral. Los excesos pueden disminuir la fuerza de resistencia, pero no conducen directamente á una situación desesperada. El alcoholismo y el número de suicidios aumentan simultáneamente, conforme señalan las estadísticas.

En los casos en que el suicidio proviene claramente de querer sustraerse á determinadas obligaciones, no hay necesidad de recurrir á un extenso debate. Es una deserción manifiesta, un acto análogo á la mutilación que prefieren sufrir algunos antes que acudir al servicio militar. Según la ley militar romana, la tentativa de suicidio traía consigo la decapitación, ya que se la consideraba como un acto de deserción. Aquel que se mata para salir de una situación penosa ó peligrosa á la cual ha arrastrado á toda su familia, y que priva de este modo á los suyos de su protección, comete sin duda alguna una acción vil. Pero la inmoralidad no consiste, en este caso, en poner fin á sus días, sino en sustraerse á sus obligaciones, lo que hubiera podido ejecutar de otro modo.

La cuestión está en saber si todas las clases de suicidio pueden comprenderse en las que acabamos de citar. Si así fuese, el problema tendría pronta resolución. Pero antes de ahondar más en este examen, quiero decir una palabra acerca de ciertas circunstancias que se refieren al aparente aumento de los suicidios en los tiempos modernos.

5. En su libro sobre «los suicidios en el reino de Dinamarca», Kayser aduce una serie de cartas escritas por los suicidas momentos antes de su muerte. El tono general de todas ellas atestigua impotencia para soportar el destino, para continuar la lucha por la existencia en las circunstancias presentes. Si no se deserta, cuando menos se capitula. Hallámonos ante un obstáculo insuperable. En estos casos de suicidio no se observa ni valor ni cobardía, sino un debilitamiento de la fuerza voluntaria, un empobrecimiento del instinto vital y de la alegría de vivir. Es fácil demostrar que la dirección en que se ha lanzado la evolución de la cultura tiene como consecuencia circunstancias que favorecen este género de debilitamiento (1). La cultura moderna con su desarrollo exclusivo de las facultades intelectuales á expensas de los demás, con sus vastas perspectivas y su incansable espíritu emprendedor, pero á menudo también sin plan y sin objeto, hace más di-

(1) En acontecimientos tan complejos como los que acabamos de reseñar, es preciso tener en cuenta que el mismo efecto puede, en circunstancias diferentes ser debido á causas diversas. Las cartas de Kayser provienen todas de personas sin cultura ó tan sólo mediana, cuya vida afectiva no ha podido sufrir la vigorosa influencia de la cultura moderna, ya intelectual ya estética. Estas cartas no pueden suministrar de ningún modo indicaciones respecto á la disposición que incita por lo general al suicidio. La misma disposición puede evidentemente provenir en circunstancias diferentes de causas igualmente distintas.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
MILLA ALFONCINK



fácil la concentración, la limitación de los fines y de los medios que supone necesariamente una voluntad sana y vigorosa. Las vastas perspectivas placen al pensamiento y á la imaginación; pero si la voluntad debe ser algo más que una simple tendencia ó un simple deseo, es preciso que se dirija hacia algo determinado del todo, y, además, que esté á su alcance. La época moderna es una época de duda, no muy favorable, por consiguiente, á la armonía de las fuerzas psíquicas. Obligación de la higiene mental es remediar el desacuerdo y el estado morboso que tan fácilmente se producen en estas condiciones. Es preciso aquí que el pedagogo y el médico colaboren. Todo lo que favorece el desarrollo de las facultades activas—entre las cuales debe contarse no sólo el trabajo físico, sino también la facultad de la observación y del pensamiento independientes, lo mismo que la imaginación artística,—producirá un efecto salutar en la enfermedad de la voluntad. Interrumpiendo el trabajo de la cultura ó rechazando la duda, cosas, por otra parte, imposibles,—no se contribuye á impedir la duda inmoderada, extenuada ó enfermiza, que sigue la grandiosa evolución de los tiempos modernos como una sombra á su cuerpo; para lograrlo hay que fortalecer la iniciativa y despertar la confianza en las fuerzas humanas, cuando obran en su verdadero terreno.

Es preciso añadir todavía otra razón. La cultura hace al individuo á la vez más independiente, aumentando sus necesidades, y más aislado, «emancipándolo» y dejándolo entregado á sus propias fuerzas. Este aislamiento alcanza su punto más elevado cuando el individuo, con todas sus necesidades insaciables, se halla solitario en el centro de la actividad general. Hoy día, los individuos han de combatir más por sí mismos que en el antiguo estado de cosas. Las asociaciones nuevas se esfuerzan sin duda

en reaccionar contra ese aislamiento, pero están aún en la infancia y difícilmente pueden ejercer suficiente influencia en el espíritu de los particulares. El hombre desgraciado y que sufre, siente que está abandonado á sí mismo. Los animales que viven en manadas maltratan ó matan á aquellos que no pueden tomar parte en la rápida carrera de los demás; en el mundo humano, se les entrega á su propia suerte, cuando no se les maltrata ó aplasta. Una viva y recíproca simpatía, en la que el individuo se sintiese objeto del interés de los demás y en que él mismo se interesase en el ajeno trabajo, impediría que su apego á la vida desapareciese tan rápidamente y despejaría las sombras acumuladas en su horizonte. Aquel que no abandonase á los demás, no se vería tan fácilmente abandonado de todos. La extenuación y la lasitud no se apoderarían tampoco con la rapidez que lo hacen del puesto ocupado por la lozanía y el interés. Es de notar que el número de suicidios disminuye durante las grandes crisis políticas; la causa puede muy bien atribuirse á que los espíritus están entonces absorbidos por los grandes acontecimientos y por los intereses generales. Si así es, conviene que una simpatía duradera, junto con las obras comunes, tenga un poder capaz de impedir el desaliento y el abandono de sí mismo. La resignación que debe ser nuestro sostén en medio de las grandes decepciones y angustias del ánimo, no es psicológicamente posible sino cuando logramos hallar en la vida un interés considerable al cual podamos consagrarnos, en el caso de vernos obligados á abandonar todo lo que hasta entonces parecía formar el yo verdadero. El suicidio proviene de haber considerado todo lo que hasta entonces parecía formar nuestro yo, como la cosa única. A menudo conviene que este yo primitivo sea enteramente denegado, para que el suicidio no llegue á consumar-



se. El suicidio es una manifestación de la afirmación de sí mismo que solamente puede ceder el sitio á una afirmación de sí más elevada, la cual se manifiesta por la denegación del yo anterior. En este sentido ha dicho Mme. de Staël: la renunciación de sí mismo es la completa oposición del suicidio.

Aquellos que han vivido solitarios y ajenos al bullicio en una gran ciudad, saben muy bien cuán penoso es sentirse abandonado y cómo una simple palabra amiga de un viandante á quien se pide una dirección ó al que se presta un servicio, es suficiente para reconfortar el ánimo. Así una muestra de simpatía, una palabra amiga, bastan para impedir al que quiere matarse llevar á cabo su proyecto. Sentirá que el vínculo que le une á la especie no está roto todavía, y experimentará la necesidad de anudarlo más estrechamente por su parte. En otro tiempo los monasterios ofrecían á las almas desgraciadas y faltas de aliento un refugio donde podían hallar en la vida en común un apoyo y ocupaciones. Después del cierre de los conventos, esa clase de almas se encuentra más que nunca sin patria y sin hogar. Actualmente, á ellas solas incumbe el cuidado de hallar un hogar y ocupaciones. Para esto conviene poner en acción fuerzas que el aislamiento de las facultades particulares en lo interior del hombre y el aislamiento del hombre en la especie pueden suprimir. He aquí porqué la cuestión particular del suicidio, cuando se examina hasta el fondo, se relaciona con las grandes cuestiones morales y sociales en general.

6. ¿Tiene, pues, el suicidio su razón de ser en una enfermedad de la voluntad, en una enfermedad declarada del espíritu, ó en un deseo consciente de sustraerse á obligaciones determinadas? ¿O bien nos asiste el derecho, y aun el deber de suicidarnos?

Siempre que se ha reconocido en el individuo en-

tera libertad de disponer de su vida, se ha partido de un punto de vista puramente individualista. Así los estoicos enseñaban que el sabio, el cual se basta á sí mismo y es dueño absoluto de sus destinos, dejará voluntariamente la vida no sólo si el bien de la patria lo exige ó si al guardarla comete un acto inmoral, sino también cuando las circunstancias exteriores le impidan vivir como él quisiera. Los últimos estoicos llevaban muy lejos ese derecho de «salir» de la vida. «No solamente en el último extremo, dice Séneca (Ep. 70), sino desde que la fortuna empiece á mostrarsele contraria» deberá el sabio meditar cuidadosamente si debe abandonar la vida. Marco Aurelio pide únicamente que se deje la existencia sin cólera ni aflicción, al modo que nos apartamos de un sitio invadido por el humo. (*Pensamientos*, V, 29; X, 8). Poner término á la vida por cobardía ó indolencia era, á los ojos de los estoicos, un acto inmoral, aunque por otra parte pensasen que los hombres cobardes y muelles eran comensales indignos de tomar parte en el festín de la vida y que lo mejor que podían hacer era marcharse. En los tiempos modernos, una serie de escritores del siglo XVIII han sostenido el derecho al suicidio desde un punto de vista individualista del todo. Montesquieu, por ejemplo, lo justifica diciendo que ha de ser permitido retirarse de la sociedad humana cuando no se encuentra en ella sino disgustos, porque esta sociedad está fundada sobre una ventaja mutua, y, por consiguiente, no se falta á ningún deber renunciando á la vida cuando ésta se vuelve onerosa para el individuo (*Cartas persas*, número 76).

Pero, aun admitiendo que el individuo tenga el derecho de abandonar la vida cuando ésta le parezca intolerable, será difícilísimo probar que lo es realmente en tal ó cual caso particular. Porque, en fin, ¿cómo sabe el individuo que ha llegado hasta el



total agotamiento de sus fuerzas y empleado todos los medios? A esto se ha contestado: el hecho de que el instinto natural de la conservación sea vencido y además el temor natural de morir, prueban suficientemente que el hombre se halla en el último extremo. Es lo que dice Holberg en su carta 135: «La experiencia enseña que los hombres aman la vida; de lo cual se deduce que aquellos que ejecutan semejante acto (el suicidio), deben hallarse vencidos por la angustia, el sufrimiento y los reveses, es decir, en un estado que inspira más bien compasión que cólera». Pero si me siento abatido por la angustia y por el dolor hasta el punto de que estén rotos en mí todos los resortes, puede suceder muy bien que me desvanezca lo ilusorio. El instinto no siempre es un guía seguro, y, por consiguiente, la supresión del instinto no puede ser una señal infalible. Un sentimiento momentáneo de angustia ó de aflicción no es signo verdadero de la naturaleza real de las cosas. Quizás el individuo se encuentre precisamente en lo más bajo de la curva rítmica del destino, de tal manera que le sea posible levantarse de nuevo, con tal que espere un lapso de tiempo insignificante. La cuestión de saber si la desesperación del individuo ó su situación es realmente desesperada, ya es otra cosa. En este punto no podrá establecerse jamás absoluta certidumbre. Si, como parece resultar de los trabajos practicados por ciertos investigadores (1), el número de suicidios disminuye á medida que la emigración aumenta, este ejemplo nos demuestra que el valor pueden sostenerlo nuevas eventualidades y nuevas soluciones. El abatimiento de la energía y del valor puede ser muy bien causa de que no se descubran y utilicen los recursos posi-

(1) Legoyt. *Le suicide ancien et moderne*. Paris, 1831, p. 257 y sig.

bles; pero será difícil, por no decir imposible, aducir una prueba objetiva de que no existen.

Si el individuo es absolutamente soberano (III, 5-7), no hay por que inquietarse de la posibilidad de semejante demostración. Pero si se busca la regla suprema de la apreciación moral en el vínculo del individuo particular con la especie y en su importancia para ésta, es imposible no exigirla rigurosamente. Así, pues, por consecuencia de una idea justa era por lo que en ciertas ciudades griegas (Massilia y Chio) desaparecía el lado censurable del suicidio cuando el suicida había demostrado á la autoridad las justas razones que le asistían para matarse. En la «Utopia» de Tomás Moro, los prelados y las autoridades invitan á que se maten los enfermos incurables que no pueden trabajar ya y que son una carga para sí mismos y para los demás, mientras que un suicidio no autorizado en esta forma, acarrea el deshonor. Supónese aquí que el individuo no vive para sí solo, sino que ha tomado parte en tareas que representan asimismo utilidad para los demás. Puede ser perfectamente exacto que la vida en tal ó cual caso particular sea intolerable, si el individuo no conoce otra regla que su propio goce. Una aproximación de esta limitación del interés se hallará en todos los suicidas que han obrado con deliberado propósito. Lo han arriesgado todo en una jugada de dados, y consideran la vida como un juego de azar. Toda su pasión se ha concentrado en un punto único, y con él subsiste ó se viene abajo toda su vida (1). Este caso, por ejemplo, es el que

(1) Aun en el caso de que el suicidio provenga del debilitamiento de la voluntad que antes hemos descrito (5), el individuo sucumbe á menudo al obstáculo en un punto único, objetivamente insignificante. Pero esta concentración sobre un punto único, deriva entonces del previo debilitamiento de la energía. En los casos descritos aquí,



se admira en los suicidas de la antigüedad. Los «últimos romanos» se mataban porque su horizonte no se extendía más allá de la vida aristocrático-republicana de Roma. Ahora bien; actualmente conocemos relaciones humanas mucho más vastas y profundas que pueden reclamar nuestra actividad. Es lo que, por otra parte, según cuenta Plutarco, reconocía el mismo Catón, al dar á su hijo, á quien no quería arrastrar consigo en la muerte, el consejo de mantenerse en lo porvenir apartado de la política. Si el honor del hijo no debía quedar manchado porque siguiese aquel consejo, el padre hubiera podido seguirlo igualmente sin que tal acto significase apostasía. La fuerza y la altivez que constituyen el elemento heroico del suicidio, siempre tienen algo de teatral y estarían mucho mejor empleadas dedicándolas á hacer la vida más soportable, sino para sí mismo, cuando menos para los demás.

La esperanza, que el individuo ha perdido en lo que á sí mismo le concierne, podrá conservarla en aras de la especie, sobre todo si guarda presente en el espíritu la gran teoría de la importancia de las pequeñas acciones. La ciencia moderna nos ha abierto los ojos respecto á lo que puede ocasionar la acumulación interrumpida de pequeñas acciones. Los más considerables arrecifes de coral los ha producido el depósito de esqueletos calcáreos de innumerables animalculos. Lo que la mayor revolución sería incapaz de realizar, lo lleva á cabo la acción silenciosa y diariamente repetida de fuerzas imperceptibles. La actividad más modesta, ejercida en el círculo más estrecho, contribuye con su ínfima parte á la vida

por lo contrario, el interés ha sido primeramente recogido con toda la energía de la pasión en un punto, y con este último se desploma todo á la vez. Dos procesos psicológicos completamente diferentes entre sí, pueden llegar al mismo resultado.

total de la especie. Nada se pierde completamente. Todo lo que manifiesta un sentimiento profundo, una dirección ideal de la vida, la firmeza del carácter, puede adquirir importancia y ejercer útil influencia, aun cuando no nos invada el ánimo el sentimiento teatral de haber producido algo grande. Rousseau con razón dice en *La Nueva Elotsa* que si el individuo que siente impulsos suicidas se preguntase si no hay todavía algunas buenas acciones que pudiese ejecutar, como, por ejemplo, socorrer á un pobre, consolar á un afligido, defender á un oprimido, seguramente que renunciaría á poner en ejecución su proyecto.

Así como no puede probarse que se hayan agotado todas las eventualidades posibles, tampoco es posible demostrar que se han cumplido todos los deberes. Cuanto más se considera la vida con seriedad y profundamente, más posibilidades y obligaciones aparecen. Esta consideración, como capital que es, obliga á la moral á insistir en esta materia. Por lo demás, los esfuerzos morales relativos al suicidio, deben tender más bien á prevenirle, aumentando la fuerza de resistencia, la voluntad de vivir y la simpatía para los vivientes, que á formular juicios severos sobre el suicidio una vez realizado. Lo importante aquí es lograr que cada individuo se sienta tan bien «fin», en virtud de miembro autónomo de la especie, como «medio» en cuanto miembro cuya acción pueda tener su repercusión en los demás. Es preferible asegurar sólidamente la base de la vida que predicar moral, sobre todo cuando se hace tarde y á propósito de un acto que es resultado ordinario de profunda ceguera. Esta interviene en todos los actos moralmente condenables; pero ninguno de ellos es con tanta frecuencia efecto de angustia y desdicha verdaderas, como aquel por el cual pone el hombre fin á sus días.

Falta aún saber si, en ciertas circunstancias, no



debe considerarse precisamente como un *deber* quitarse la vida. El suicidio y el sacrificio propio tienen conexión tan íntima, que puede ser difícil, cuando no imposible, trazar entre ambas una línea de demarcación precisa. El individuo puede creer que es un obstáculo para la dicha de los demás, ó que por su muerte les preservará de un peligro. Así ocurre cuando un hombre teme que se le escapen ante un estrecho interrogatorio secretos de gran importancia, y se mata para no causar daños irreparables. O bien cuando una persona mordida por un perro se quita la vida al observar los primeros síntomas de la enfermedad para no exponerse á morder á los demás. O bien cuando un pobre padre de familia se suicida para que socorran á los suyos que se hallan sumidos en la miseria y en el más completo abandono (y solamente en este caso). En los de esta especie, no puede decirse evidentemente que el individuo se sustrae á sus obligaciones. Precisamente el mismo acto por él realizado prueba sobradamente que no se considera á sí mismo, ni él ni su existencia, como el fin supremo ó único, sino como miembro de una totalidad mayor, por la cual le es preciso sacrificarse. La dificultad, con todo, subsiste siempre, ya que no se sabe si realmente se habían agotado todos los remedios. Cuando se trata de aniquilar una vida humana, es decir, uno de los vivientes elementos de la especie, conviene que la necesidad del acto esté claramente demostrada para que pueda considerársela como un acto moral.

La Iglesia antigua, de ordinario tan severa respecto al suicidio, hacia sin embargo una excepción con las mujeres que se mataban antes que dejarse deshonrar por sus perseguidores, y se las veneraba como santas (1). Dejando completamente á un lado

(1) Barbeyrac. *Tratado de la moral de los Padres de la*

las ideas de ascetismo exagerado en las cuales se apoyaban con semejante motivo, podemos observar en esto un ejemplo en que el suicidio es un acto moral. El suicidio enseña en esta ocasión que puede haber una manera de tratar á la persona humana que iguale en brutalidad al asesinato, y contribuye poderosamente de este modo á precisar y aumentar la idea del valor de la pureza femenina.

Es difícil decidir cuándo y con qué frecuencia el suicidio es resultado de motivos nobles y elevados, como es difícil, de una manera general, obtener aclaraciones respecto á los motivos que conducen al suicidio en casos particulares (1). Morselli (2) combate la opinión de algunos autores, según los cuales, entre los hombres á quienes no atacó ninguna enfermedad mental, los motivos que les conducen al suicidio son ordinariamente de naturaleza elevada. En nuestros días, cuando menos, dice, el suicidio es consecuencia esencial del egoísmo. «Sin embargo, añade, no faltan aquí tampoco del todo manifestaciones de la mejor parte de nuestro ser, principalmente entre las mujeres... Entre los hombres, el interés personal aparece como el motivo predominante, y como, entre los suicidios, los de las mujeres llegan apenas á un cuarto ó á un quinto, la rareza de los motivos elevados del suicidio se halla ya certificada de una manera general por esta pro-

*Iglesia*. Amsterdam, 1728, p. 242 y sig. — Unicamente san Agustín experimentaba en esto alguna dificultad, pero se salía del atolladero diciendo que aquellas mujeres habían obrado quizá por inspiración inmediata de Dios. (*De civitate Dei*, I, 26.)

(1) Véanse las observaciones críticas llevadas á cabo por Marcos Rubin respecto á la estadística del suicidio en la revista danesa *Tilskueren*, 1884, p. 466 y sig.

(2) *Der Selbstmord*, Leipzig, 1881, p. 270 y sig. Consúltese igualmente (Ettingen, *Moralstatistik* 3.º Aufl. p. 780 y sig.



porción numérica.» Dejemos á los estadistas el cuidado de apreciar este juicio.

7. El suicidio no debe considerarse sino desde el punto de vista médico, psicológico y moral: no hay razón alguna para considerarlo también desde el punto de vista jurídico. El individuo es un miembro del Estado sólo durante su vida, y el castigo del Estado no puede alcanzar al mismo suicida. Este castigo podría en realidad alcanzar únicamente á los demás, ya consistiese (como en tiempos de los emperadores romanos, cuando el suicidio era un medio de sustraerse al castigo de un crimen de lesa-majestad) en la confiscación de los bienes, ó (como la costumbre que desde la Edad media se había establecido en todos los países) en un tratamiento ignominioso infligido al cadáver. — Y á pesar de esto el obispo Martensen (1) encuentra aún en lo que él llama «la negligencia observada por el Estado en el entierro de los suicidas» un indicio revelador de cuánto se había «entibiado el espíritu del cristianismo»!

#### B. EL IMPERIO SOBRE SÍ MISMO

8. Mientras que la conservación personal depende particularmente de la victoria alcanzada sobre los obstáculos exteriores, el imperio sobre sí mismo depende del triunfo logrado sobre la resistencia que proviene de la naturaleza íntima y propia del hombre. El imperio sobre sí mismo supone que se han dado al hombre dos ó varias tendencias, y que una de ellas debe subordinarse á las demás ó ser completamente rechazada por ellas. Si varias inclinaciones ó pasiones opuestas no pudiesen coexistir en el mundo humano, el imperio sobre sí mismo sería im-

(1) *Individuel Etik*, p. 461.

posible, pues todo él consiste en que el sentimiento cede al sentimiento, el apetito al apetito, la pasión á la pasión. No basta la sola «razón» para convertirnos en dueños de nosotros mismos; es necesario que recojamos toda la energía de la conciencia para formar con ella un sentimiento intenso ó una pasión vigorosa, dirigida hacia aquello que nos parece lo bueno por excelencia. El imperio sobre sí mismo es de por sí una virtud puramente formal, cuyo valor depende del fin que con ella nos propongamos obtener. Aquel que ama el dinero ante todo, es capaz, por causa de esta pasión, de reprimir todas las demás tendencias é impulsos. En otros, el placer de conocer y la pasión del estudio, y en otros también, el amor ó el patriotismo formarán el poder dominante. Por estos medios y por muchos otros también, desarrollamos el poder de hacernos dueños de nosotros mismos. Históricamente, los sentimientos determinados por la sumisión á las autoridades (en la familia, el Estado y la Iglesia) son los que han ejercido sobre todo gran influencia en este desarrollo. La sumisión á una autoridad cuya superioridad manifiesta, por lo que se refiere al poderío, siente el hombre, despierta un sentimiento de sujeción, dirige todas las fuerzas hacia un fin único, subordina todas las demás consideraciones á una sola, y obra así en la conciencia como una fuerza de concentración. Bajo la dominación de las autoridades, con la obediencia como virtud imperante y como pasiones soberanas la esperanza ó el temor, ó, en los grados superiores, un respeto mezclado de entusiasmo, la humanidad ha recibido lecciones de imperio sobre sí misma y adquirido hábitos que no deben necesariamente echarse en olvido porque los motivos primitivos hayan sido reemplazados por otros.

Sólo por medio del imperio sobre sí mismo puede el hombre adquirir la libertad y la unidad internas